ARCHDIOCESE of HARTFORD
Most Reverend Christopher J. Coyne
Office of the Archbishop

November 22, 2026

Queridos hermanos y hermanas en Cristo,

Una de las historias más hermosas que se cuentan en la Iglesia en las Américas es la de hace casi 500 años, cuando, en una colina a las afueras de la Ciudad de México, Nuestra Señora se le apareció a un humilde indígena llamado San Juan Diego. Ella le habló en su lengua materna, vestida como una princesa de su pueblo, y él contó que todo el entorno se transformó, reflejando su propia visión indígena del cielo. Al percibir la angustia en su corazón, la historia nos cuenta que ella lo reconfortó con estas palabras: "¿Acaso no estoy yo aquí, que soy tu Madre? ¿No estás bajo mi sombra y mi protección? ¿No soy yo la fuente de tu alegría? ¿No te encuentras en el hueco de mi manto, en el cruce de mis brazos? ¿Necesitas algo más? Que nada más te preocupe ni te inquiete".

Hoy, aquellas primeras palabras de María en nuestro continente siguen resonando a través de la historia para todos los habitantes de las Américas, mientras nos preparamos para celebrar el quinto centenario de ese acontecimiento. Como madre de nuestro Salvador, María es fuente de nuestra alegría: ella desea acogernos a todos bajo su manto y abrazar a cada uno de nosotros con el mismo amor de la Encarnación que la cubrió con su sombra durante la Anunciación.

Ese amor, como ella misma nos recordó en 1531, está destinado a todos los pueblos de las Américas, y especialmente a quienes viven, de una u otra forma, en la pobreza o la aflicción. Al dirigirse a San Juan Diego, prometió escuchar su "llanto y su tristeza", y remediar, sanar y aliviar sus diversas dificultades, miserias y sufrimientos.

Conscientes de que ella sigue escuchando hoy, en nuestra Arquidiócesis prestamos especial atención a los testimonios de las comunidades inmigrantes, que cuentan cómo ella las ha acompañado durante las pruebas y los desafíos de su travesía. Por eso, colocamos bajo su manto a *todos* los inmigrantes recién llegados que buscan un hogar, estabilidad, seguridad y una comunidad para ellos y sus familias. Asimismo, recordando que San Juan Diego se dirigía a cumplir con sus responsabilidades familiares cuando se encontró con Nuestra Señora, ponemos bajo su manto a los trabajadores domésticos, quienes a menudo no cuentan con recursos suficientes para mantener a sus familias. Conscientes de que, en esta aparición, ella se manifestó tal como estaba cuando esperaba a Nuestro Señor, ponemos bajo su manto a todas las mujeres embarazadas, a sus hijos y a quienes viven bajo la amenaza de un aborto espontáneo o provocado. Conscientes también de que, en la época de sus apariciones, muchos seres humanos de la sociedad colonial americana vivían en condiciones de servidumbre y esclavitud, ponemos bajo su manto a todas las víctimas del tráfico humano.

Al iniciar este nuevo año litúrgico, prestamos atención al dolor y las preocupaciones de quienes, entre nosotros, forman parte del Cuerpo de Cristo. Al escucharlos junto a Nuestra Señora, renovamos nuestro compromiso colectivo de reconocer la dignidad inherente de cada persona y de buscar juntos el bien común. Al asumir estos compromisos y llevarlos a la práctica, nos convertimos en la Iglesia que Ella nos pidió construir: una Iglesia donde todos sean escuchados, vistos, atendidos y cuidados.

Con motivo de la entronización de una nueva imagen de Nuestra Señora de Guadalupe en nuestra Arquidiócesis, que tendrá lugar en su próxima festividad como preparación para el 500.º aniversario de las apariciones en 2031, pedimos que su intercesión fortalezca nuestra determinación. Que esta imagen sea un símbolo perdurable de nuestro compromiso de acoger a todos bajo su manto, para que, por medio de cada uno de nosotros, puedan conocer más plenamente el amor y la compasión de su Hijo.

Atentamente en Cristo,

✠ C. J. Coyne

Excelentísimo y Reverendísimo Christopher J. Coyne
Arzobispo de Hartford